

atadas á la espalda, cautivas á los serrallos de Oriente. Ezequiel canta: tú eras una parra plantada en regadío. Tus pámpanos daban sombra á pueblos enteros, y tus sarmientos eran tan fuertes que lostomaban los reyes por cetro. Mas el viento solano te ha consumido como el fuego al heno seco. Y Daniel exclama: tu tirano ha levantado su esfíge en una estátua áurea de setenta codos de altura. El pregonero te llama en alta voz para que vayas á bendecirla y adorarla de hinojos. Oseas oye los sonidos estridentes que producen las trompetas de los ángeles. Y la tierra se conmueve como si llevara feto abortivo en sus entrañas. Joel tiende su vista y no ve campos. La oruga se ha comido sus árboles y la langosta sus sembrados. Los ancianos ya no duermen sino en la embriaguez, y las mujeres ya no velan sino para el placer. Los sacerdotes se han vestido de luto y los profetas de cilicio. La cólera del cielo ha consumido el granado de rojas flores, la higuera de morados frutos, la vid cargada de racimos, la palmera del desierto con sus dátiles de oro. Amós reconviene á Israel porque Jehová lo prefirió entre todos los pueblos, é Israel negó á Jehová ante todos los dioses. Abdías le dice al pueblo que la soberbia de su corazón le ha perdido, y que en vano querrá levantar su morada allá donde el águila pone su nido, porque está más alto aún el rayo de los cielos. Jonás anuncia la caída de Nínive después de la caída de Jerusalén, y convoca las plañideras del mundo al entierro de las protervas ciudades y de los soberbios reyes. Miqueas se queja de que donde Dios puso su casa de oraciones, los hijos de Jacob han puesto casa de prostitución; donde Dios las tablas de la ley, los hijos de Jacob las esculturas de Samaría. Nahum mira cómo pasa Jehová con su ejército de ángeles. Los montes tiemblan, los collados se derriten; á una palabra suya el mar se ha hinchado de tormentas y los ríos se han salido de madre. Abacuc clama y Dios no le oye. En vano busca á

su Criador como el incienso el cielo. No hay piedad para Israel. Sophonías se desespera en noche de espesas tinieblas. Las estrellas se han vuelto cenizas, y el sol pavesas. Las nubes han llorado fuego. La tierra, agitada como una caña, ha tocado en los profundos abismos. Los hombres han muerto como los peces que se quedan en seco. Tu cólera ¡oh Jehová! acaba de pasar sobre Israel. Aggeo verá los carros tropezar en las piedras del camino, los ginetes perder sus caballos, é Israel ahogarse como Faraón, pero en mares de lágrimas. Malachías maldice á su pueblo porque después de ofrecer ofrenda voluntaria á los ídolos, ha querido ofrecer ofrenda forzosa á Jehová. Zacarías canta la esperanza de Judá, y cree que las entrañas de su tribu engendrarán un justo y volverá á sentarse el Señor sobre las montañas de Sion.

¿Qué vienen á ser todos estos profetas con su cólera en el alma, con su maldición en los labios, con sus rayos en las manos? Los defensores del espíritu republicano contra la tiranía de los reyes. El rey quiere unir por alianzas su pueblo con los pueblos idólatras, su Dios con los dioses paganos, su vida con la extranjera vida. Pero se oponen los profetas, que llevan el espíritu divino en su mente, y que saben la divina misión de Israel, destinado á guardar solo una idea, la idea de la unidad de Dios contra las asechanzas de todas las idolatrías, para que sirva de raíz á la religión y á la moral del mundo por venir. Así toda su elocuencia se emplea en maldecir á los reyes y á los ídolos, verdaderos dioses de los reyes. Así huyen á los desiertos, se encierran en las cavernas; se comunican allí con lo infinito en la naturaleza, forjan las aceradísimas espadas de su palabra, salen vestidos de sayal y de cilicio á los caminos, á las encrucijadas, para protestar contra la tiranía de los reyes é iluminar con la esperanza en Dios el alma de los pueblos. Por eso las páginas de la Biblia han derramado muchas y muy grandes inspiraciones republicanas. No sola-

mente le han robado su sublimidad Miguel Ángel en las figuras del Vaticano y Palestrina en las cadencias de su música; el poeta republicano Milton, el general republicano Cromwell, las tribus republicanas que se formaron en las grandes ciudades donde se leían los libros de Dios, las tribus de los puritanos han debido á esas magníficas maldiciones de los profetas lanzadas sobre los reyes, y sobre los pueblos idólatras de los reyes, la mayor parte de su maravillosa elocuencia.

Y así, digo yo, trayendo todas estas reflexiones á mi tesis, que las escuelas más ortodoxas de Alemania, las más protestantes, las que tendieran á encerrarse dentro de una tradición más pura y á tomar un carácter más intransigente, no podían salir de una recomendación vivísima de la Biblia, y al recomendar la Biblia, recomendaban un libro esencialmente religioso, es verdad, pero también esencialmente republicano. Además, todos los llamados círculos piadosos, que oponían una reacción religiosa á la crítica del siglo décimo-octavo, estaban formados de pensadores dados á remover las profundidades del alma con sus problemas de religión sobrepujando al ideal ortodoxo con sus esperanzas de progreso. Ninguno de ellos quería mantener un pueblo ignorante al pié de un altar inmóvil de donde el calor y la luz de la vida habían huido; al contrario, todos pugnaban por elevar el alma á las cimas del ideal rosadas y matizadas de reflejos que no eran ciertamente del sol de los santuarios. No hay sino abrir cualquiera de los libros de los protestantes de este tiempo, ó cualquiera de las historias que sobre estos libros se han escrito; la más reciente, por ejemplo, la del sábio Lichtenberger, que con Reuss y otros ha sido ornamento de la facultad de teología en Estrasburgo. Y allí se vé que los más piadosos no son los más intolerantes, ni los más apegados á la rutina de un dogmatismo egoísta. Bengel se revuelve contra la tradición, y cree que el conocimiento de la Historia no

A.

basta á la fé cristiana, la cual se alimenta de realidades eternas. Oetinger, es un místico arrobado en la contemplación de las ideas religiosas. Debilita la teoría del pecado original, y reconoce, no ya en la razón pura, sino en el sentido común, un órgano naturalmente poseído por el hombre para comprender lo eterno y lo divino. El sentido común ha formado ese anfiteatro de ideas celestes, que desde las cosas más bajas se eleva á las más sublimes. Zinzendorf reforma los hermanos Moravos, y renueva las teorías de Juan de Hus víctima de los emperadores y de los papas. Su adoración por la segunda persona de la Trinidad, le lleva casi á divinizar el género humano. Lavater, físico, filósofo y poeta, nacido y educado en Suiza, glorifica en sus eufonías religiosas la conciencia humana, y diviniza la libertad. Poncio Pilatos es á sus ojos abominable, porque representa el escepticismo culto, y porque se atreve á preguntar ¿qué es verdad? Y aunque pasando á los ojos de los racionalistas por un místico, Lavater se revuelve airado contra el milagro y exalta las leyes de la naturaleza. Poeta republicano, sus cánticos por la democracia se confunden como en las estancias de los profetas hebreos con sus oraciones á Dios. Amann ha sido llamado el *Mago del Norte* por su oscuridad, en la cual relampaguean numerosísimos pensamientos que cruzan sin ley, sin sistema, sin orden como sorprendentes aereolitos. Su vida está consagrada á reconciliar los libros de la razón divina con las naturales enseñanzas de la razón humana. A sus ojos todos los seres, hasta los más apartados, hasta los que brillan lejos del alcance de nuestros telescopios en los abismos de lo infinito, son, como Cristo, á un mismo tiempo divinos y humanos. *Omnia divina et humana omnia*. La Historia es la realización del pensamiento eterno de Dios. Y desde el momento en que dice esto, ya no hay pueblos absolutamente perdidos, como quiere una ortodoxia intolerante, ya no hay religiones absolutamente erróneas,

66

ya no hay épocas absolutamente malditas. El hebreo podrá ver en los dioses de Grecia cor-tesanos del rey de los infiernos; el griego podrá ver en los judíos legiones de oscuros fanáticos; á los ojos del patricio romano será el nazareno de las catacumbas un rebelde, merecedor de que lo devoren las fieras del circo; á los ojos del nazareno serán todas las creencias, menos las creencias evangélicas, abominaciones del entendimiento, oscurecido por el pecado; el católico verá desde los altares del Escorial ó desde la Basílica de san Pedro, en Lutero, un monge sensual y ébrio; el protestante verá desde las desnudas iglesias de Ginebra ó de Berlín al papa como al Antecristo apocalíptico que ha de perder el mundo; cada religion se creará la verdad absoluta; cada sectario el hombre perfecto; y entre tantas intolerancias y sobre tantas guerras, y en medio de tan inconciliables contradicciones, todas las escuelas enemigas, todos los pueblos en armas unos contra otros, contribuirán á realizar el pensamiento de Dios en la Historia, como dos ejércitos en guerra sirven para abonar con sus cadáveres el campo donde han caído: que de sus enemistades y de sus cóleras nada sabe la madre naturaleza.

Wizenmann vá más lejos todavía y resucita el pensamiento de Orígenes. En su teología no cabe que haya un sér que esté condenado al mal eternamente. El espectáculo de los dolores humanos servirá para convertir á Satanás. El ángel de las tinieblas participará de nuestras penas, beberá nuestras lágrimas, y tendrá sed de lo infinito, y tendrá nostalgia del cielo y tenderá sus brazos á Dios, sus ojos á la luz de donde cayera, su pensamiento á la inmensidad, su corazón al bien; y el so-

plo de la divina misericordia apagará el fuego del infierno, y los ángeles de las tinieblas volverán á entrar, coronados de estrellas, en el éther de los cielos. Cláudius, el más original y el más poeta de todos estos escritores, será también partidario de la razón humana; la llamará luciérnaga, que se arrastra por la tierra, pero luciérnaga, á la cual tarde ó temprano han de salirle angélicas y misteriosas alas para volar por lo infinito.

Compárense estas teorías llenas de sentimiento humanitario y progresivo con las teorías de nuestros neo-católicos. Para estos la razón y el absurdo se aman con amor invencible; el género humano, que no está dentro de la Iglesia es más despreciable, mucho más despreciable que las bestias; los tres últimos siglos no han sido más que tres siglos de ignominias y de errores; la revolución que ha promulgado los derechos del hombre, no ha hecho sino continuar la obra de Satanás, la obra de la soberbia y del orgullo contra Dios; la ciencia que ha vertido tanta luz, no ha hecho sino llenar del viento de la vanidad el frágil corazón humano; la Reforma es un retroceso; el Renacimiento una apoteosis de la sensualidad del paganismo; Rafaél un ídola; las monarquías civiles una reacción al despotismo del Oriente, y las repúblicas democráticas una demagogia sin Dios y sin freno; solamente puede haber salvación para el mundo en tornar á la Edad Media, á sus teocracias en el trono, á sus pueblos en el polvo, á sus claustros llenos de penitentes, á sus cruzados que vayan á recibir de la Iglesia voz de guerra y espada de combate, á sus papas levantados como demiurgos, dioses y reyes, entre el cielo y la tierra.

CAPITULO XXXII.

LA EDUCACION REPUBLICANA.

El siglo décimo-octavo continúa la obra de la educación del género humano, obra que ha de dar, quieran ó no quieran los reaccionarios de todas las teologías, por resultado lógico y preciso, la República universal. Dos libros apasionaron al siglo; dos libros que podrá empequeñecer como quiera la crítica moderna, pero que no pueden ser juzgados sino por el momento en que nacieron, por la situación de los pueblos, por el estado de los ánimos. El filósofo Kant, era una especie de hombre mecánico. Las ideas habían calcinado sus huesos, y las pasiones humanas no habían penetrado en su pecho. No se le conoció jamás amor ninguno, ni ninguna mujer iluminó con su ternura aquel hombre fuerte y frío como el hierro. Todos los días, á unas mismas horas, salía á dar sus paseos con la regularidad y la precisión de las figuras en los relojes por antonomasia mecánicos. Durante dos ó tres días, aquel hombre no salió de su casa. ¿Estaba enfermo? Como las pasiones no atacaban su alma, las enfermedades

no atacaban su cuerpo. Tenía una salud, que por lo estable, podíamos llamar salud mineral. No salió en dos ó tres días de su casa, porque no pudo apartar de sus ojos el libro que se publicaba por entonces, el *Emilio* de Rousseau.

Podrá la saña ciega de los partidos cebarse en el autor y en la obra, pero no podrá quitarle, no, la gloria inmarcesible de haber conmovido con sentimientos maternales hasta las entrañas más duras y los corazones más empedernidos. Desde los tiempos de Platon, hay que decirlo, no se había hablado de una manera tan elocuente, tan apasionada, tan luminosa. Las ideas se encarnaban en esa hermosura, que según el sublime fundador de la Academia, es el eterno resplandor de la verdad. La lengua francesa parecía, bajo la pluma de Rousseau, como el mármol de Paros bajo el cincel de Fidias. Rebosaba de aquella copa de oro el vino embriagador de los grandes sentimientos revolucionarios. La humanidad se concentraba, como en el pri-